

La PATRIA

DESDE QUE SOMOS PEQUEÑOS OÍMOS HABLAR DE “patria”, el país donde nacimos, la tierra que pisamos, el espacio vital que ofrece el alimento, el agua, el lugar donde se respira, bajo el cielo azul, limpio y casi único. Aprendemos que este espacio, la patria, lo compartimos todos los nacidos aquí, somos “compatriotas”. También se escucha sobre aquellos que, en el pasado, lucharon por la independencia y la fundación de la nación, los “patriotas”.

Cuando uno es niño, la noción de patria y sus derivaciones no se asume de manera conciente, es algo que se interioriza con el tiempo. La noción de patria en un niño no difiere de aquella que escucha de los mayores. El crecimiento físico, intelectual y espiritual, produce la conciencia de pertenencia y el acercamiento a los semejantes, quienes comparten el espacio vital, las dichas y las penas, las esperanzas y frustraciones, la herencia histórica y el destino común.

Un artículo aparecido en el diario *Granma* hace unos días (8 de Junio de 2000, “¿Qué pasa con los precios?”), me motivó a repensar en el asunto. Haciendo un análisis de las causas que mantienen los altos precios en el agromercado, y señalando como solución el aumento de la producción, el articulista concluye que, una vez logrado el esperado aumento, “*está por ver qué camino elegirán aquellos que en los Mercados Agropecuarios, desde una posición nada patriótica, prefieren hoy botar una mercancía antes que bajarle el precio.*”

Mi reflexión no es sobre el tópico económico, pero aprovecho la oportunidad para decir que sí estoy de acuerdo en la necesidad de aumentar la producción, y que no estoy seguro que vaya a desaparecer el intermediario como figura del engranaje comercial, mientras no se pueda acce-

der directamente al productor: o tal función la hace un ciudadano de acuerdo con el productor o la hace el Estado a través de sus redes de comercio. Y aunque los productos que se adquieren con la libreta de racionamiento son subsidiados por el Estado, hay un número grande de artículos necesarios que deben ser adquiridos en comercios estatales, en moneda dura y están lejos de ser subsidiados.

Retomando el tema inicial, es la expresión “nada patriótica” la que provoca esta reflexión. En los últimos meses el término patria, y sus derivaciones, ha ocupado buena parte de nuestro tiempo y espacio. Como la patria es una, pero muchos los compatriotas, puede haber interpretaciones distintas. No obstante, hay una coincidencia, un punto común, el eje sobre el cual debemos girar todos, y esto es buscar el bien de la patria.

A quienes buscan este bien se les considera patriotas, y aunque algunos afirman que el patriotismo es el último refugio de un bribón, no se debe generalizar tal concepto. Desde tiempos atrás, el patriotismo expresaba el amor manifestado a otros hombres con comunidad de vida y aspiraciones e intereses similares. Y la patria, consideraban los antiguos filósofos, tenía dos extensiones: la patria material -el territorio-, y la patria moral -evidencia del vínculo social, con identidad de lenguaje, creencias

e intereses. Es esa extensión moral la que muchas veces queda relegada ante el interés material. Lo que vemos y palpamos, puede ser más importante que aquello que no vemos –el orden de lo moral–, pero no menos importante. De hecho sin ese fundamento moral, que busca el bien del otro que conmigo ocupa ese espacio, es difícil lograr mejores resultados en el bien de la patria como territorio físico.

Es bueno recordar que son los sentimientos familiares los que dieron origen a los sentimientos patrióticos. La familia era, y sigue siendo, la sociedad natural, anterior al Estado y a cualquier otra entidad social –afirma la Iglesia–, por tanto con derechos naturales que no deben ser concedidos, sino reconocidos. Es en la familia donde se verifica, antes que en la sociedad organizada, el rechazo a todo aquello que resulta nocivo o dañino para la supervivencia, la seguridad y la estabilidad, a la vez que afirma en su interior la defensa de aquellos valores e intereses que intenta preservar. Pero el hombre, como ser social, necesita otros hombres, y fue, en el encuentro del otro, donde se inició el sentimiento compartido del amor a la patria, la “segunda madre”, dando origen a otro sentimiento, no siempre asumido, de considerar hermano/a al/la compatriota.

No es extraño escuchar entonces sobre una estrecha relación o similitud entre el amor a la familia y el amor a la patria. Bien ordenados y encauzados, ambos sentimientos tienen efectos fortalecedores recíprocos. No es necesario que uno excluya al otro, ni es conveniente.

Con el desarrollo de la humanidad se dio el salto inevitable: de la familia a la sociedad, de la sociedad al mundo. El hombre es entonces hijo de su patria y ciudadano del mundo. Los cubanos hemos hecho también nuestro aporte al asunto, tomando aquella frase de Martí: “*Patria es humanidad*”. Sin embargo, hay un peligro detrás de una ligera interpretación de esta noble idea martiana, se corre el riesgo de privilegiar a la humanidad, aquel grupo humano distante y necesitado tal vez, o con un programa político distinto, pero en detrimento del individuo cercano, el compatriota. Por otro lado, algunos utilizan semejante frase para intentar justificar su deseo de vivir en otro país, algo que debe tener motivos distintos que justifiquen tal decisión. Singular situación pues éstos últimos –a quienes no juzgo, pues respeto la libertad de cada persona en este asunto–, al igual que los anteriores, con intereses distintos, hacen una interpretación similar para lograr en otro lugar lo que, por una razón u otra, lamentablemente no consiguen dentro de su país de origen. Pero en realidad la frase de José Martí es un poco más extensa: “*Patria es humanidad: es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer*”.

Procurar el bien de la patria, como el de la familia, necesariamente pasa por la búsqueda y promoción de la justicia, y es la justicia y su desarrollo lo que promueve la solidaridad social entre los miembros de una comunidad,

como constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo que le corresponde, ni más ni menos, sólo lo justo, en derechos, oportunidades y responsabilidades con una clara función social, porque el servicio a la patria es deber de todos, con todos, para todos. Esto demanda el sano equilibrio entre el bien social y el bien individual. Es más fuerte la patria cuando se levanta sobre la bondad, el respeto y el aprecio a otros.

Refiriéndose a varios conflictos regionales en el mundo, el Papa Juan Pablo II consideraba que, adentrándose un poco en el asunto, era fácil descubrir la “*presencia de nacionalismos exacerbados. No se trata de amor legítimo a la propia patria o de estima de su identidad, sino de un rechazo del otro en su diferencia, para imponerse mejor a él. Todos los medios son buenos: la exaltación de la raza, que llega a identificar nación y etnia; la sobrevaloración del Estado, que piensa y decide por todos; la imposición de un modelo económico uniforme; y la nivelación de las diferencias culturales. Nos hallamos ante un nuevo paganismo: la divinización de la nación*” (Discurso al Cuerpo Diplomático, 15-1-94).

Cuando escuchamos hablar de los venerables héroes de la patria, y mostramos nuestro respeto y admiración, reafirmamos en esos sentimientos que la patria es más que el territorio físico. Constituida por las ideas, sentimientos y costumbres, la patria, como la familia, se consolida tanto por la vida compartida como por un imprescindible vínculo que trasciende el tiempo. Cuando evocamos el pasado demostramos que la patria no es sólo de nuestro tiempo, ni sólo del pasado, sino, y por el mismo hecho, también del futuro.

La patria trasciende nuestro tiempo, de manera que es conveniente mantener siempre un margen de flexibilidad y maniobra para otros, porque una obra “*acabada*” no necesariamente será la herencia esperada por los cubanos que vivirán dentro de 15 ó 150 años. En esto nos alertaba el Padre Félix Varela, el mismo a quien atribuimos el mérito de *enseñarnos a pensar*. En su famosa y poco leída obra “*Cartas a Elpidio*” –coincidentemente el personaje mambí creado por el cineasta Juan Padrón lleva el mismo nombre–, y refiriéndose a la impiedad, el Padre Varela afirmaba que “*el impío es hombre del momento, más el justo es hombre de la eternidad*”.

Cultivar la virtud en los hombres, tanto como la piedad, es un buen ejercicio para alcanzar el bien de la patria, válido tanto para los que abusan de los precios –particulares o estatales–, como para quienes se resisten a ver en el otro que piensa de manera distinta, un hijo de la patria. Estimulado por quienes practican la prudencia, justicia, fortaleza y templanza, así como el amor al prójimo dentro de su país, y confiando en su compromiso social, escribía el Padre Varela a Elpidio, con palabras de verdadero patriota que trasciende los tiempos: “*Diles que ellos son la dulce esperanza de la patria, y que no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad*”. □